

## FLACA MEMORIA

Juan Alberto ROVIRA TOLOSANA  
Estudiante de Grado en Historia del Arte  
de la UNED de Calatayud  
Segundo Premio del X Concurso Literario

¡No salgas con la Flaca, no se te ocurra!, demasiado reto para mi espíritu contraventor. Bastaba que me recomendaran no hacer una cosa (y qué decir si me la prohibían) para empeñar todos mis esfuerzos en la dirección contraria. Además, no se comprendía tanta precaución acerca de ella, a simple vista parecía una chica común. Lo parecía demasiado incluso para los reprimidos reclutas de ese cuartel de Calatayud que desorbitábamos nuestros ojos ante cualquier falda con la que nos cruzásemos durante los paseos vespertinos. Aunque ella poseía una mirada singular, un brillo de mujer fatal o, al menos, de vuelta de todo que cautivó mi simpatía y eso que, desde luego, sus circunstancias familiares no le ayudaban mucho. La Flaca aparentaba ñoñería, sus gestos y modales en público resultaban modosos y afectados; la intransigencia religiosa de sus padres era legendaria. Pero me bastó la primera tarde a su lado para comprobar que se trataba de solo fachada. Descubrí una dulce jovencita, interesante, además de muy experta y desinhibida, lo que podría confirmar el origen de los rumores cuartelarios. Y digo solo el origen en cuanto a su desenvoltura amorosa, pero nada que dejase vislumbrar el aspecto tenebroso de los bulos que circulaban.

Ella empleaba un método poderosamente efectivo para asegurar la discreción de nuestros encuentros: nos reuníamos en casa de su abuela. Quién podría sospechar de la complicidad de una anciana beata que acudía a las misas más madrugadoras, compartiéndolas genuflexa con la facción más intolerante, cotilla y tragasantos del lugar. La Flaca afirmaba al salir “voy a visitar a la abuelita” y su madre suspiraba confiada creyéndola segura, a salvo de las hordas de reclutas salidos de paseo. Qué buena chica, cuánto quiere a su yaya. Tantas veces dudaría su madre de la sinceridad de la muchacha, pero ésta firme y sonriente aseveraba “pregúntale a ella, si no me crees”. Y la anciana lo corroboraba siempre. Así me reunía con la Flaca por las tardes en esa morada, allí pude enamorarme perdidamente de la mujer más sugestiva y encantadora que jamás conocí. Por eso le guardo este obcecado silencio, para honrarla, un mutismo tal que la policía se pregunta continuamente por qué maté a la anciana. Sí, lo hice.

Soy huérfano y sin hermanos. Mi tío se encargó de dirigir mis pasos con eficacia y afecto pero sin proximidad, jamás nos reconocimos vinculados. Por ello decidí alistarme en el ejército. No sé si mi ausencia de familia inclinó a la Flaca a escogerme

como pareja suya; tenía muchos otros chicos para elegir. En los momentos en que creo que se fijó en mí debido a mi orfandad me asalta la duda de que en el acuartelamiento hubiera un cómplice que diese tales chivatazos. Por eso la leyenda tenebrosa propagada por el cuartel afectaba siempre a jóvenes desarraigados, enamorados primero, y desertores por amor después. Todos escribían (de su puño y letra, sin trampa alguna) una carta proclamando su deserción, después desaparecían. Pero jamás lo terminé de entender. Si desertaban por amor, ninguno escapó con la joven que lo provocaba. La cuestión era que recluta que flirteaba con la Flaca, individuo que se esfumaba; o eso se creía. Nadie pudo aseverarlo con rotundidad: si todos los encuentros se celebraban enclaustrados en el domicilio de la abuela, no cabían los testigos.

Solo perduraría el rumor, el liviano cotilleo del soldado que tras pasar unas horas entre sus sábanas, lo contaba a sus compañeros de camareta. Pero tantos jóvenes embusteros, tanta fantasía conquistadora, tanta carencia de prácticas sexuales creaban el pasto idóneo para renovadas habladurías. Proliferaban quienes relataban encuentros imposibles con ella. Y digo bien: imposibles. Porque si realmente los hubieran efectuado, hoy no seguirían con vida.

El perfil de los que, supongo, me precedieron en su lecho se asemejaría al mío: introvertido, con pocos amigos y, de tenerlos, sin necesidad ni interés en proclamar las conquistas. Los solitarios amamos nuestra intimidad, no alardeamos demasiado. Por eso los silencios de la Flaca me reconfortaban tanto. Transcurrían nuestras vísperas juntos en un clima íntimo y sosegado, pero con unos diálogos mudos preñados de contenido. A veces me dejaba preguntarle cosas con la condición de que yo mismo las respondiese, pues ella callaba siempre. Entraba en juego mi interpretación de su mirada, según ésta se inclinase milimétricamente hacia el suelo o no, podría intuirse que la conocía un poco más; si su gesto permanecía inmutable significaba que mis conjeturas no daban en el blanco. Estoy de acuerdo en que su compañía no resultaría fácil a todo el mundo, quizá estaba justificada su predilección por los introvertidos; sin embargo a mí me fascinaba.

Pero, si hubiera sabido yo que durante nuestras citas la abuela permanecía en su casa, quizá no habría accedido a mantenerlas. Sin embargo, los argumentos de la Flaca cuando se lo reproché me sonaron atinados. No podría demostrar a sus padres que pasaba los atardeceres con su abuela si ésta era vista callejeando. A partir del día que lo descubrí, nació mi prevención a pavonearme desnudo delante de mi pareja. No me quitaba del pensamiento que tras el espejo —y a menudo hacíamos el amor de pie frente a él, admirando los recónditos lugares de nuestros jóvenes cuerpos— pudiera estar la vieja espionando, o tras un agujerito camuflado por un cuadro. Entonces, por despejar mis temores, propuse que apagásemos la luz en el futuro. No obstante, mis prevenciones fueron en aumento. Con el sentido del oído más afilado por la oscuridad, creí percibir cercanos jadeos que no pertenecían a mi amada; quizá una anciana sigilosa se introducía en la alcoba con total impunidad. Creí volverme paranoico, insinué buscar otro lugar para nuestros encuentros, dispuesto a no volver a la casa.

El temor a perderme demasiado pronto es lo que debió provocar su precipitación. Aunque transigí con seguir reuniéndome allí y con la luz encendida -la amaba demasiado como para arruinar nuestra relación-, noté que su súbita insistencia para que desertase carecía de fundamento. Primero porque mi estancia en el ejército no

era obligada sino voluntaria —cosa que la desestabilizó durante unos instantes, ella no lo sabía; tampoco le había contado todo acerca de mí—. Segundo porque la eventualidad esgrimida como excusa de marcharse ella con su familia al otro extremo de España, me pareció descabellada. Y, además creo haberlo expresado ya, bastaba que intentasen inclinarme hacia un lado para que yo quisiera ir hacia el contrario.

La noté tan suplicante que —aun sin razones— accedí a redactar la carta, con gran alegría por su parte. Pero no le dije cuándo. Todas las tardes inicié unas líneas, hacía ver que me afloraban unas dudas insalvables, rasgaba el papel y lo posponía hasta mañana. Cuanto más la veía temblar con sus súplicas sin fundamento, como si una desesperación inaudita la forzase a guiar mi mano en esa dirección, más me enganchaba al amor por ella. Percibía unos ojos de infinito cariño y quizá agradecimiento cuando aplazaba el escrito para otro día. Creo, quiero creer, que era porque eso me daba nuevas horas de vida y a ella le gustaba. Deduzco que yo significaba algo más que cualquier otro recluta a quien amó.

No solo me empeñé en posponer la redacción de mi escrito sino que me propuse recorrer la casa, ahondar en el misterio que me embargaba, terminar de dilucidar si, en el fondo, su mirada era fría o apasionada, si contenía amor o psicopatía. Quería averiguar si tras ese espejo se cobijaba algún escondite. Pero no me dejó ni intentarlo. Sin embargo me bastó una ojeada furtiva al añoso salón para detectar la huella en la pared de un cuadro descolgado. No necesariamente el cuadro que ampararía a un hipotético mirón. Pero podría tratarse de un objeto retirado para permanecer oculto.

No resultó fácil percibir esa huella, pero he vivido años en un internado, innumerables tardes de domingo sin abandonar la habitación. Una pared de dos por tres metros son seis metros cuadrados. Eso equivale a seiscientos cuadraditos de diez por diez centímetros. Yo he mirado cada uno de esos cuadraditos durante un minuto, he pasado al de al lado durante otro minuto, y así sucesivamente. Una hora, sesenta minutos. Diez horas, seiscientos minutos. Tardes enteras escrutando cuadraditos de manera sistemática te convierten en un buen observador. Había una huella misteriosa en la pared del salón y no creí que el cuadro escamoteado que la originó fuera algo inocente o casual. No tenía demasiado fundamento mi suposición, pero ésa es la triste tónica de mi existencia, dar puntadas sin hilo.

Con insistencia quebré su mutismo, aunque solo pude entresacarle que se trataba de una foto: “El retrato de mis abuelos; cuando él murió, mi abuela lo escondió”. Suficiente para mí.

Indagué. Consulté todo lo posible con las amistades de la soldadesca nativa del lugar para que me describieran al abuelo fallecido. No fue fácil. Aunque se trataba de un farmacéutico, no solía abandonar la rebotica. Pero un cabo furriel que lo conoció me dio su descripción. Comencé entonces a ver luz en todo ese descabalado acertijo.

Esa misma tarde, mirándola muy bien a sus ojos, le pregunté por su abuelo. Aunque me esforcé con las autorrespuestas no creí atinar demasiado. Forcé la imaginación, formulé preguntas horribles con posibles respuestas aún más sórdidas. Su mirada —la gélida mirada que tanto me subyugaba, el destello frío que la caracterizaba pero que yo sin embargo encontraba rutilante de amor hacia mí— se quebró, se hizo añicos durante unos segundos. No lo dijo con palabras, no hacía falta, pero me indicó que deseaba morir. Con rapidez recompuso su gesto, disimuló su pesadumbre,

me pareció otra mujer. Busqué un pretexto, una guardia, un servicio inacabado y me marché rápido.

Desde ese día hice lo posible para que la vieja apareciese en la casa delante de mí, sin conseguirlo. No quise volver a consumir el acto sexual, ni desnudarnos siquiera, solo abrazaba el cuerpo de la Flaca y besaba sus cabellos mirando hacia el espejo, queriendo adivinar una sombra entre sus reflejos, una pérfida figura parapetada tras el cristal.

Fui consciente de que el tiempo corría en mi contra, debía mover pieza sin falta. Esa tarde encargué un trabajo muy exclusivo a un recluta homosexual. Se había acercado a mí porque la común introversión nos hacía simpáticos. Le rogué que al día siguiente se acercase a la anciana al salir de la iglesia y le palpase la entrepierna, un contacto certero pero con aire fortuito. Afirmativo, me comunicó poco después de triunfar en su misión.

Al atardecer anuncié a la Flaca que redactaría de inmediato la carta anunciando mi desertión por amor a ella. La vi temblar durante un segundo, y seguro que temblaba por mí. No obstante ella sabía leer de mis silencios tan bien como yo de los suyos. Cuando creyó adivinar lo que iba a pasar, sonrió con dulzura y me dio un beso de gratitud. Mirando hacia el espejo, comencé a acariciarla como días atrás, fui desprendiendo su ropa y la mía. Cuando solo conservábamos la ropa interior, con energía interpele a la abuela para que apareciese y, de nuevo, no obtuve respuesta. Entonces supe que solo podía hacerla salir de una manera violenta: con el cuerpo de mi amada en vilo, me agaché para recoger mi navaja automática del pantalón arrojado al suelo, la abrí con un chasquido que todavía resuena en mis meninges, y amenacé con cercenar el dulce cuello de la Flaca, que no opuso resistencia; creo que lo esperaba con ansiedad. Fueron unos instantes horribles, yo no quería hacerle daño bajo ningún concepto, y no se lo hice.

Pero lo más monstruoso se produjo cuando el cristal se giró activado por un resorte e irrumpió un cuerpo desnudo y flácido con moño blanco, con la mano sobando sus genitales. Distinguí la cara de la anciana pero con cuerpo de varón, el hombre que había violado a mi adorada Flaca desde su niñez, el farmacéutico que había envenenado a su propia mujer —quizá ella acabó por descubrirlo in fraganti en su abominable pedofilia— y suplantado su personalidad de abuelita venerable y beata. Ante la pérdida de su vigor sexual ejerció de alcahuete y voyeur a un tiempo, atrapando a jovencitos desarraigados e introvertidos que, sin saberlo, ayudaron a prolongar su depravación.

Supongo que la Flaca convencería al primero para escapar juntos, incluso ese soldado debutante llegaría a redactar su carta, y entonces la falsa abuela lo mató, se desembarazó de su cadáver e inició la macabra serie. Comprobaría con ello que era una buena manera de perpetuar sus espectáculos y, quizá, que con el asesinato también se alcanzaba el clímax.

Maté y mutilé (sobre todo mutilé) a ese espantajo andrógino con más asco que rabia. Pero callaré para siempre los detalles de esta historia, hago un juego de palabras cuando digo que tengo Flaca Memoria. No quiero que nadie sepa todo lo que sufrió mi pobre amada. Ahora solo espero que el día en que me encierren en la celda, me dejen en paz escrutando cuadradito a cuadradito la superficie de las paredes, tan solo pensando en ella.